

Hacia el espacio rural urbano; una revisión de la relación entre el campo y la ciudad en la antropología social mexicana

Patricia Arias*

A partir de una revisión de la literatura antropológica de los años setenta y ochenta y del análisis de las dinámicas demográfica y laboral recientes en la Zona Metropolitana de Guadalajara, este artículo propone la conveniencia de revisar las nociones y dicotomías tradicionales entre el campo y la ciudad para poder explorar y entender la dinámica y las tendencias de los espacios metropolitanos actuales, esos nuevos ámbitos donde se está concentrando la población y, al mismo tiempo, se están generando grandes transformaciones laborales y sociales.

Hoy por hoy, sugiere el artículo, la cercanía a la gran ciudad no significa necesariamente que desde allí se desprendan vinculaciones efectivas, relaciones eficaces, realmente modeladoras del espacio, la vida, los desplazamientos de la gente en los municipios de una zona metropolitana. La vinculación efectiva entre la ciudad y su entorno se ha convertido en un asunto a investigar más que en una verdad unívoca y evidente.

Palabras clave: espacio periurbano, relaciones campo-ciudad, procesos de cambio en zonas metropolitanas.

Fecha de recepción: 30 de abril de 2001.

Fecha de aceptación: 27 de septiembre de 2001.

En la tan imprescindible como inacabable búsqueda de las continuidades y cambios de la sociedad mexicana, la antropología social ha transitado del estudio de las sociedades rurales, sobre todo indígenas y campesinas, al ancho y variopinto mundo de la vida y los quehaceres urbanos. Un tema y una preocupación recorren, de manera persistente, las páginas de muchos de los estudios antropológicos de los últimos treinta años: por una parte, el estudio del impacto de la emigración rural en el crecimiento urbano y en la emergencia de nuevos espacios y formas de vida que se definían y elaboraban en las ciudades a donde llegaban los migrantes en busca de las actividades y el ingreso que cada día era más difícil de obtener en sus comunidades de origen. Por otra parte, el efecto de las crisis y los cambios macroeconómicos en las comunidades rurales, por lo regular también alejadas y pobres, que desde los años cuarenta se convirtieron en cantera de emigrantes.

La atracción y preocupación que generaban la ciudad en crecimiento y expansión y el mundo rural en crisis resultaban suficiente-

* DEI/Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: parias@megared.net.mx

mente vigorosos y exigentes como para hacernos descuidar, durante mucho tiempo, el estudio de esos espacios de vida y trabajo que se situaban en las cercanías de las ciudades medianas y pequeñas, de donde fueron emergiendo los sucesivos anillos que han ido circundando a las grandes urbes del país. Esto ya no es posible. Los municipios cercanos pero al mismo tiempo “periféricos” a esa primera expansión urbana que dio lugar a las grandes ciudades de México, Guadalajara y Monterrey han cambiado de manera tan dramática como insospechada en los últimos quince años.

La primera llamada de atención fue dada por la demografía: a partir de la década de 1990 se constató que varios municipios vecinos y aledaños de las ciudades de México y Guadalajara habían empezado a registrar las mayores tasas de crecimiento demográfico de su historia, superiores sin duda alguna a las de esas dos urbes que tanto habían crecido en las décadas anteriores (cuadro 1). La segunda llamada, trivial pero certera, correspondió al transporte: en las rutas de camiones, minibuses y combis que recorrían las ciudades aparecieron cada vez con mayor frecuencia los nombres de antiguos pueblos, de comunidades cada vez más distantes que dieron cuenta de la impresionante y multidireccional movilidad de la gente como resultado de los nuevos imperativos y vinculaciones que estaban apareciendo en torno a las grandes ciudades del país pero también alrededor de muchas medianas y pequeñas.

Desde la antropología social sabemos todavía poco acerca de este proceso de conurbación y complejización de espacios metropolitanos

CUADRO 1
Zona Metropolitana de Guadalajara; tasas de crecimiento intercensal

<i>Municipio</i>	1970	1980	1990	1995	2000	<i>r</i> 1970-1980	<i>r</i> 1980-1990	<i>r</i> 1990-2000
Guadalajara	1 199 391	1 626 152	1 650 205	1 633 216	1 646 319	2.98	0.15	-0.02
Tlaquepaque	100 945	177 324	339 649	449 238	474 178	5.59	6.88	3.18
Zapopan	155 488	389 081	712 008	925 113	1 001 021	9.27	6.38	3.25
Tonalá	24 648	52 158	168 555	271 857	337 149	7.42	12.75	6.73
El Salto	12 367	19 887	38 281	70 085	83 453	4.70	6.93	7.59
Tlajomulco	26 207	50 697	68 428	100 797	123 619	3.60	3.12	5.71
Ixtlahuacán	10 652	12 310	19 527	19 248	19 503	1.40	4.83	-0.01
Zapotlanejo	31 819	35 588	39 902	51 961	53 461	1.09	1.18	2.79

Fuente: INEGI, 1972, 1980, 1990, 1995, 2000.

cada vez más extensos sometidos a impulsos cada día más variados. Complejización y variedad que han comenzado a dejar obsoletas las arraigadas nociones y los instrumentos centrados en la dicotomía campo-ciudad que daban por supuesta la contraposición entre un mundo rural irremediamente estático y un mundo urbano indiscutible e inacabablemente dinámico. Así las cosas, la dicotomía entre, por una parte, pueblos tradicionales, por lo regular agricultores, y por otra, comunidades dormitorio especializadas en alojar a los trabajadores exhaustos de la gran ciudad, tan del gusto de los planificadores y analistas de datos cuantitativos, resulta hoy demasiado simple para entender procesos, explicar dinámicas espaciales que parecen ser el resultado de dinámicas y articulaciones complejas que no se explican ni se agotan, como antes, en los impulsos provenientes unívocamente de la gran ciudad.

Una mirada a la literatura. La periferia urbana, un espacio vacío

Como sabemos a partir de los estudios urbanos pioneros de Oscar Lewis (1962; 1982) en la Ciudad de México, allá por los años 1950-1960 se inauguró una línea tan novedosa como fecunda de investigación antropológica: el estudio de la llegada, del establecimiento y los desplazamientos, de las vicisitudes y los desajustes, de las luchas urbanas y políticas de los migrantes de primera generación en las ciudades. No fue sino hasta principios de los años setenta cuando se trató de comprender las formas de vida, duras y contradictorias, que habían emergido en ese mundo de vecindades abigarradas y broncas en que se había convertido el señorial centro de la Ciudad de México, como tantos otros de América Latina (Cornelius, 1975; Hardoy *et al.*, 1978). En esas vecindades donde se mezclaba gente y se entrelazaban orígenes había emergido, decía Lewis, una peculiar cultura de la pobreza, noción que resultó tan difundida como desafortunada.

Como quiera, eso no duró mucho. Desde la década de los setenta, cuando Larissa A. de Lomnitz (1975) estudió la cerrada del Cóndor, en el sur de la Ciudad de México, se hizo evidente que la urbanización popular se había desbordado hacia la periferia, hacia espacios inhóspitos y carentes de servicios pero, por eso mismo, los únicos donde los colonos pobres, viejos y nuevos inmigrantes, iban a poder, vía trabajo y lucha urbana, construir ámbitos de vida mejores que en los abigarrados centros, cada día más asediados por el ambulante y

la policía. Hasta esos nuevos espacios llegaron también los antropólogos. De su actividad e ideas dan cuenta libros como *Lucha urbana y acumulación de capital* (1980), donde Jorge Alonso y el equipo que con él trabajó en la colonia Ajusco, al sur del Distrito Federal, plantearon que los pobladores de la periferia, migrantes rurales en su mayoría, no eran “marginales”, como sugería Lomnitz, sino que formaban parte de las modalidades de “integración atrofiada” que conllevaba el modelo de acumulación de capital, lo que explicaba sus maneras peculiares de habitar, desplazarse y luchar en y por la ciudad.

Los estudios mencionados, y muchos más, partían de un supuesto ampliamente compartido aunque rara vez explícito: que los espacios a los que llegaban los inmigrantes para convertirse en flamantes colonos eran territorios vacíos, es decir, donde la creación de formas de convivencia y lucha iba a ser tarea inédita y compartida por los recién llegados a la colonia. No se mencionaba, no entraba en el análisis de ese tiempo, la coexistencia –por lo tanto la posibilidad de relación, de conflicto, de adecuación o negociación– con formas de vida previas y distintas a las de los colonos recién avocindados.

Otra noción implícita, muy asociada a la anterior, era la de que la demanda urbana de trabajadores era todavía suficientemente numerosa y vigorosa como para competir hasta erradicar otras maneras de trabajar, de sobrevivir, de hacer negocios en la ciudad y su periferia. Los colonos eran arduos buscadores del empleo, sobre todo barato, que se ofrecía en las fábricas, talleres y establecimientos de servicios de las ciudades; en menor medida todavía, eran creadores de tienditas y changarros, como se dice hoy, tan repetidos como incosteables más allá del consumo familiar (Alonso *et al.*, 1980; Browning y Roberts, 1968).

Una excepción fue el trabajo de uno de los miembros del equipo de Jorge Alonso. En *La ciudad invade al ejido*, Jorge Durand (1983) mostró que la expansión de la urbanización popular se había topado, efectivamente, con espacios vividos, es decir, con territorios donde había gente con historia y trayectoria como los campesinos del pueblo de San Bernabé. La investigación en ese lugar del sur del Distrito Federal que como colonia popular pasó a llamarse el Cerro del Judío, detectó la existencia y persistencia de ejidatarios y comuneros que conservaban, aunque de manera cada día más precaria, formas de subsistencia ligadas a la agricultura, a los quehaceres tradicionales diversos de una sociedad campesina. El estudio mostró además que el avance de la urbanización popular sobre el mundo campesino había dado lugar a formas de lucha y resistencia donde se habían confrontado los intereses,

valores, proyectos de los grupos sociales originales y los de los inmigrantes; confrontación que solía expresarse en contiendas políticas interminables. La investigación se detuvo en ese momento, pero dejó al descubierto una posibilidad: la complejidad del proceso de expansión y poblamiento de espacios periféricos que desde la perspectiva de los inmigrantes podían ser vacíos, no así desde las comunidades a las que les había llegado, como caída del cielo o del infierno, la demanda urbana de nuevos usos del suelo, de su suelo.

La concepción de la periferia urbana como un espacio vacío que comienza a ser construido y pensado a partir de la llegada de inmigrantes que se convierten en colonos caló hondo en la investigación social, no únicamente antropológica, durante mucho tiempo. Comoquiera, la investigación antropológica que hoy se realiza es distinta. Desde hace algún tiempo, antropólogos e historiadores han comenzado a recuperar, con base en la historia oral sobre todo, las memorias, las reconstrucciones y elaboraciones de los pobladores de barrios y comunidades añosos de las ciudades de México (Aceves Lozano, 1998; Portal y Salles, 1998; Pensado Leglise, 1998; Saha, 1998), Guadalajara y Zapopan (Castillo, 1998; De la O Castellanos, 1998).

En estos tiempos y en estas nuevas maneras de pensar la vida y la construcción de espacios sociales en la ciudad, parece haber desaparecido la distinción entre nativos y migrantes y más bien se asume que la construcción de identidades es un proceso básicamente compartido entre los vecinos y vecindados en un espacio. Ha desaparecido también la referencia a las actividades económicas, viejas y nuevas, que realizan los pobladores de esos espacios. Con todo, es posible que la reconstrucción cuidadosa, mediante nuevos estudios, haga emerger algo de lo que había en esos espacios y, sobre todo, de lo que pasó en el momento en que se suscitó la confluencia inevitable e irremediable entre pobladores con historias, trayectorias políticas, imaginarios culturales y proyectos económicos distintos. La recuperación de esa historia seguramente nos ayudaría a constatar las desapariciones, persistencias, readaptaciones, transformaciones y luchas que dieron como resultado una amplia diversidad de fenómenos socioculturales y perspectivas económicas en el interior mismo de las ciudades.

Finalmente, hay que decir que otro supuesto implícito de la investigación en las décadas 1970-1980 era que los principales actores y, por lo tanto los mayores modeladores del espacio y la dinámica urbanas, eran fundamentalmente dos: por una parte el Estado, que había procurado mantener bajo control el proceso de urbanización y en no

pocas ocasiones buscó y logró convertir a los nacientes colonos en aliados políticos del gobierno y sobre todo de las organizaciones del PRI, en especial en la Ciudad de México (Moreno Toscano, 1979). Por otra parte, los colonos que luchaban, con los argumentos y alianzas que podían, por la legalidad del asentamiento y la obtención de servicios (Schteingart, 1991).

En ese escenario bipolar, los movimientos sociales urbanos se convirtieron en el instrumento más accesible y visible para observar, describir, entender el ritmo y el rumbo que seguían las demandas y las luchas populares urbanas (Alonso *et al.*, 1980; Borja, 1975). Esta opción llevó a separar las luchas laborales y las demandas obreras –sin duda trastornadas y alicaídas por la intensidad y velocidad de las transformaciones que se suscitaban en el mundo del trabajo– de las luchas y demandas urbanas; visión y separación que hoy parece necesario, en verdad imprescindible superar.

El mundo rural, distinto y distante

Uno de los ámbitos más tradicionalmente afines a la investigación antropológica ha sido sin duda el mundo rural. Ligados al estudio de comunidades y etnias indígenas, los antropólogos solíamos trabajar en comunidades y regiones alejadas, en ocasiones muy distantes de las ciudades; allí donde, suponíamos, se habían preservado, en mayor o menor medida, sistemas originales y distintos de vida, trabajo, cultura. De una u otra manera, compartíamos tres supuestos sobre el mundo rural: en primer lugar, que las sociedades rurales eran bastante similares porque, y este era el segundo supuesto, todas estaban orientadas y definidas por el quehacer agrícola de su población. En tercer lugar se suponía que la agricultura podía todavía –sobre todo después de haber existido un importantísimo reparto agrario– garantizar la sobrevivencia familiar de los campesinos y, de ese modo asegurar también la persistencia de la estructura social comunitaria.

Si bien las investigaciones sobre el campo mexicano de los años 1970-1980 no pudieron salir de ese esquema de interpretación, nos dejaron a cambio una excelente evidencia etnográfica de que la economía rural, sustentada en la agricultura, había entrado en una crisis que ya desde entonces parecía irremediable. Autores como Rodolfo Stavenhagen (1976), Arturo Warman (1980) y otros llegaron a establecer las razones y a identificar con precisión las correas de transmisión de la su-

bordinación rural a la dinámica urbana. Como señalaban ambos autores, el impacto urbano se dejaba sentir de dos maneras en la vida y la economía rurales: por una parte, en el intercambio desigual entre los productos agrícolas que generaban los campesinos y los bienes industriales de los que eran, queriéndolo o no, cada día más consumidores y dependientes. Por otra, en la emigración de la gente joven del campo –hombres, mujeres o ambos– a las ciudades para desde allí apoyar, cuando no subsidiar, la actividad agrícola cada vez más precaria que mantenían y reproducían sus familias, sus comunidades en el campo (Arizpe, 1985). Sin embargo, la ciudad como espacio concreto, como modelador directo, no aparecía todavía en nuestras alejadas y cada vez más empobrecidas comunidades y microrregiones de estudio.

Finalmente, a principios de la década de los noventa se rompió el dique, la camisa de fuerza con que veíamos al mundo rural y pudimos aceptar que la agricultura había dejado de ser una actividad capaz de garantizar el empleo y la sobrevivencia rurales (Arias, 1992). Pudimos también cambiar nuestra perspectiva, tradicionalmente centrada en las nociones del impacto y la subordinación del campo a la ciudad, para aceptar que las sociedades –del tamaño y tipo que sean, en el lugar donde se encuentren– no sólo reciben o reaccionan a las dinámicas y factores externos, sino que siempre han sabido procesar, manejar, reaccionar, adaptar sus recursos y tradiciones a los impulsos, propuestas, actividades que llegan del mundo exterior, más aún el de sus alrededores (Arias, 1992; Estrada, 2000). La manera en que las diversas sociedades rurales han acogido, procesado y ofrecido respuestas originales, sin duda más viables y dinámicas unas que otras, forma parte de la nueva rusticidad mexicana.

Las nuevas maneras de entender asuntos viejos, de indagar en temas nuevos, nos ha acercado al estudio de los espacios periurbanos. Sabemos que no estamos solos ni hemos sido pioneros en el tema; pero poco a poco lo hemos ido integrando a nuestra agenda particular de trabajo. En general, puede decirse que lo que existe, por ahora, son algunos estudios dispersos por la geografía periurbana que, poco a poco, nos permiten elaborar algunas hipótesis, descubrir las fuerzas y actores sociales que hoy están construyendo, definiendo, dinamizando los espacios periurbanos (Aldana, 1994; Szasz, 1993).

A fines de los años ochenta Ivonne Szasz (1993) constató en Malinalco, en el Estado de México, la asociación entre la permanencia residencial de las familias en su comunidad y una elevada movilidad laboral de los miembros de cada familia campesina. Movilidad que lo

mismo los llevaba a la Ciudad de México que a Toluca y otros centros urbanos en la misma región mexiquense. Al mismo tiempo, la autora constató que los flujos laborales extrarregionales tenían mucho que ver con la búsqueda del mantenimiento de los quehaceres agrícolas, es decir, con la producción familiar de productos básicos de la dieta campesina. Algo similar documentó Gerardo Aldana (1994) entre los campesinos, también mexiquenses, de San Pedro Ixayoc que, aunque salían cotidianamente a trabajar a las ciudades de México y Texcoco, mantenían su actividad campesina e incluso, dice el autor, luchaban por abrir nuevas tierras a la producción agrícola.

Los estudios en el Estado de México muestran lo que hoy es un secreto a voces: que la familia, por más campesina que sea o se la quiera ver, vive de una multiplicidad de empleos variados e ingresos cambiantes donde la agricultura es una de las actividades contribuyentes, si acaso, a la sobrevivencia familiar rural (Arias y Wilson, 1997; Estrada, 2000; Marroni, 2000). Quizá esto tenga que ver con un largo aprendizaje de la gente acerca de la precariedad y estacionalidad del empleo urbano. Vivir en el pueblo y tener asegurado el consumo básico puede ser una manera eficaz de sobrellevar las crisis y la estacionalidad laboral en otros sectores de la economía. Como sabemos, los ciclos de empleo y desempleo resultan cada día menos predecibles, pero más intermitentes y frecuentes.

Así las cosas, parecería ser que en ciertos ámbitos periurbanos, que todavía habría que conocer y analizar con cuidado, se podría haber dado, estarse dando, un proceso novedoso de persistencia o reinvencción de la agricultura, es decir, de reforzamiento de espacios y quehaceres agropecuarios. En cualquier caso, habría que ver si esta aparición o persistencia de actividades agropecuarias conlleva, al mismo tiempo, un proceso de "recampesinización", es decir, de recuperación y reforzamiento de las instituciones y el mundo sociocultural y político de las sociedades rurales tradicionales o si, por el contrario, se trata más bien de nuevas estrategias de sobrevivencia económica de familias severamente empobrecidas por las crisis. La evidencia etnográfica hasta ahora disponible es escasa y limitada a las cercanías de la Ciudad de México, pero el tema y la discusión están abiertos a mayor investigación y reflexión.

Comoquiera, de ser así se trataría de una alternativa que resulta sorprendente. Hasta donde sabemos, parecería haberse dado más bien lo contrario, es decir, el abandono de los quehaceres agropecuarios a favor de nuevas actividades y empleos que llegan o se dinami-

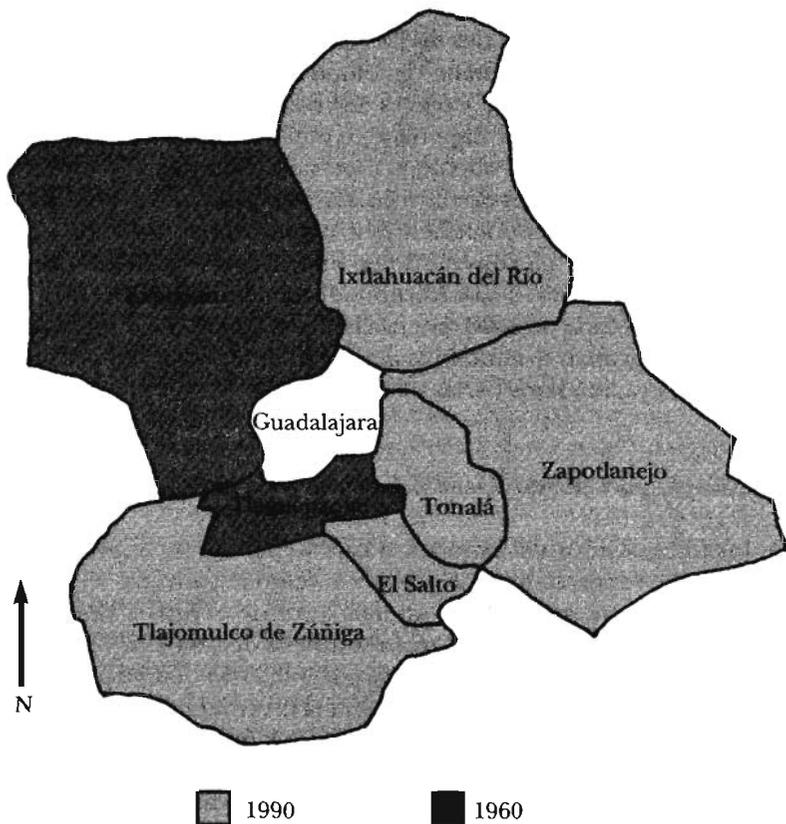
zan en los espacios periurbanos. Éste sería el caso, por ejemplo, de Huitzilac y Tres Marías, comunidades situadas a medio camino entre la Ciudad de México y Cuernavaca, donde Margarita Estrada (2000) ha constatado el decrecimiento de las actividades agropecuarias al mismo tiempo que un incremento del empleo en los servicios –venta de comida– y la manufactura –talleres de costura– en las mismas localidades o sus cercanías. En Zapotlanejo, población jalisciense a 25 km de Guadalajara, el desarrollo de la especialización manufacturera en la confección de prendas de vestir ha sido tan vigoroso que el empleo en fábricas, talleres independientes y maquiladores, así como el trabajo a domicilio se ha convertido en el principal empleador de las mujeres de la localidad y su entorno, y el comercio de ropa era, a mediados de la década de 1990, la principal actividad no agropecuaria a la que se dedicaban los hombres del lugar, anteriormente pequeños agricultores y ganaderos (Arias y Wilson, 1997).

Un ejemplo para pensar: Guadalajara y su zona metropolitana

En los últimos años del siglo XX la capital jalisciense experimentó, por primera vez en su historia, un crecimiento negativo: -0.18% entre 1990 y 1995, que se recuperó apenas durante el lustro 1995-2000: 0.18% (INEGI, 1995). Es decir, que durante la década 1990-2000 Guadalajara no registró crecimiento alguno (-0.01%) (cuadro 1). Cabe recordar que en las décadas 1940-1980 el crecimiento tapatío había sido de 4.86, 6.89, 5.13 y 2.98% respectivamente. Esta situación, sin duda inédita en la historia tapatía, contrastaba con la de prácticamente todos los municipios aledaños y de sus alrededores, que mostraban crecimientos importantes, algunos incluso espectaculares (cuadro 1).

Desde luego, era conocido que desde los años sesenta Guadalajara había integrado a su espacio físico y funcional a dos municipios aledaños: Zapopan y Tlaquepaque (Cabral Barajas, 2000, mapa 1). Se suponía que la conurbación con ambos municipios se debía a un proceso, incipiente en ese momento, de desconcentración residencial de Guadalajara, cuyas posibilidades de suelo urbanizable, de capacidad para modelar y orientar la urbanización popular habían comenzado a agotarse. De cualquier modo, se pensaba que Guadalajara era todavía el principal centro empleador hacia el cual confluían, día con día, los y –cada vez más– las trabajadoras de ese espacio que poco a poco se estaba convirtiendo en metropolitano.

MAPA 1
Zona Metropolitana de Guadalajara



Con todo, la desconcentración residencial no fue homogénea y tuvo dos características: las clases alta y media se dirigieron hacia Zapopan, municipio situado al noreste de Guadalajara. La urbanización zapopana avanzó, sigue avanzando y arrasando excelentes tierras agrícolas, pero también incorporando viejos poblados rurales (Camberos, 1993). Sin embargo, salvo una excepción que muestra un caso también bastante excepcional (De la Peña y De la Torre, 1993), hasta la fecha carecemos de estudios que den cuenta de lo que sucedió, de lo que ha seguido sucediendo en las comunidades campesinas afectadas por la urbanización zapopana.

La urbanización de Tlaquepaque, situado al sur de Guadalajara, se dirigió sobre todo a la clientela popular de la ciudad, a aquellos que ya no podían pagar alquileres, ni comprar lotes y casas en la encarecida urbe tapatía. Allí, comuneros y ejidatarios se encargaron de fraccionar hasta convertir sus parcelas en lotes, sin que tampoco sepamos mucho qué pasó con ellos y sus comunidades después de ese momento en que dejaron de ser propietarios y usufructuarios de la tierra.

En el transcurso de la década de 1990 se constataron cambios demográficos que pueden ser vistos como la punta del iceberg de la emergencia de fenómenos sociales y espaciales inéditos. En primer lugar, los municipios de Tlaquepaque y Zapopan empezaron a atenuar su ritmo de crecimiento, sobre todo en comparación con lo que estaba sucediendo en una especie de segundo anillo de municipios, ya no colindantes con Guadalajara: Tonalá, El Salto, Tlajomulco, situados al sur de la ciudad, habían comenzado a experimentar los crecimientos demográficos más notables y trastornadores de su historia (cuadro 1). También habían empezado a crecer, aunque en menor proporción, dos municipios situados al norte de Guadalajara: Zapotlanejo e Ixtlahuacán (De la Peña y De la Torre, 1993). La vox populi de que se trataba de la continuación del proceso de desconcentración residencial no se hizo esperar, y, en cierta medida, había razones para pensarlo. Era evidente que una parte importante de la urbanización popular, organizada e ilegal, se había orientado sobre todo hacia el extenso y bien comunicado municipio de Tonalá (Núñez Miranda, 2000).

Sin embargo, esa era apenas una parte de lo que estaba sucediendo más allá del pavimento tapatío. En verdad, a partir de la década de 1980 y sobre todo en los noventa los municipios aledaños a Guadalajara comenzaron a experimentar cambios muy drásticos que hoy podemos entender y definir como un intenso proceso de diversificación y especialización que les ayudó a mitigar la crisis y el desempleo agropecuarios e insertarse de nuevas maneras, de alguna forma, en la nueva economía globalizada que había comenzado a surgir y a imponerse ya fuese de manera directa, mediante la inversión extranjera, ya fuera a través de la demanda comercial. De este modo, hoy podemos descubrir dos grandes tendencias de especialización en la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG).

Diversificación y especialización en los municipios de la ZMG

Por una parte, hay que hablar de la especialización manufacturera. Independientemente del producto de que se trate, podemos decir que El Salto, Tlaquepaque, Tonalá, Zapotlanejo y Tlajomulco son espacios predominantemente orientados y dedicados a la fabricación de productos. Aunque, y esto es muy importante, de distinta manera y con diferentes consecuencias para las dinámicas locales. En general podría distinguirse entre aquellos espacios donde la manufactura se ha desarrollado a partir de las fuerzas y dinámicas locales, y los que más bien se han convertido en receptores de establecimientos industriales ligados a lógicas y demandas foráneas.

En el primer caso están los municipios de Tlaquepaque, Tonalá y Zapotlanejo. En Tlaquepaque y Tonalá, independientemente de la variedad de maneras en que se organiza la producción "artesanal", podemos decir que ésta se ha adecuado muy bien a las tendencias y lógicas actuales de la producción y comercialización de artesanías a escala internacional. La producción familiar, la de pequeña y gran escala de objetos de barro, hierro, papel maché, y vidrio soplado están en estrecha relación con mercados dinámicos situados sobre todo en las zonas turísticas y con la enorme franja de ciudades de la frontera norte. Por lo regular, las actividades artesanales permanecen, hasta la fecha, en manos de los nativos, de las añosas familias artesanas de ambas localidades (Moctezuma, 1998). El desplazamiento residencial a Tlaquepaque y Tonalá no ha significado, hasta ahora al menos, que los recién vecindados se incorporen, tengan acceso a los espacios y las actividades artesanales locales.

A diferencia de Tlaquepaque y Tonalá, ámbitos antiguos, tradicionales y emblemáticos de la especialización artesanal en México, Zapotlanejo es un espacio productivo joven. Comenzó a diversificar su economía agropecuaria hace apenas veinte años, cuando unos cuantos, más tarde casi toda la población empezó a dedicarse a la fabricación y el mercadeo de prendas femeninas de vestir. Hoy día es uno más de los pequeños, pero muy dinámicos, centros especializados de producción de ropa en la nación (Arias y Wilson, 1997). En el caso de Zapotlanejo, la fabricación de prendas se lleva a cabo lo mismo en fábricas que en talleres independientes, en plantas maquiladoras y en el trabajo a domicilio. La vinculación productiva se extiende al mundo rural. Los fabricantes y maquiladores de Zapotlanejo han creado y cuentan con un área extensa, más allá de los límites munici-

pales, para proveerse de mano de obra, para organizar y distribuir la maquila a domicilio. La experiencia de Zapotlanejo muestra cómo las poblaciones especializadas han llegado a convertirse en organizadoras del entorno rural, es decir, en creadoras de espacios que hoy son transitados y vividos de nuevas maneras.

En el otro caso se encuentran los municipios de El Salto y Tlajomulco. Como sabemos, el desarrollo industrial del pueblo obrero de El Salto –y también de su vecino Juanacatlán– correspondió, en una segunda etapa, a la fase de sustitución de importaciones, cuando el Estado procuró dotar a ciertas microrregiones de parques industriales que, a cambio de ofrecer empleo a la población local, recibieron estímulos y apoyos para la instalación de esas enormes plantas, consumidoras de insumos y mano de obra estable tan acordes con el modelo de desarrollo de ese tiempo (Durand, 1986; Durán y Partida, 1990). Esas y algunas nuevas empresas maquiladoras siguen dando empleo y atrayendo a la gente de ambos municipios. En El Salto el empleo sigue siendo el epicentro donde se relacionan las empresas y los trabajadores (Durán y Partida, 1990).

El municipio de Tlajomulco, más allá de Tlaquepaque, se ha convertido en años más recientes en un excelente receptor de las fábricas de dulce, por lo regular emigradas de la gran ciudad (Hernández Águila, 1997). En la década de los noventa existían allí cinco importantes compañías, algunas de las cuales tenían varias plantas dedicadas a la elaboración de diferentes tipos de golosinas. Se trata de empresas de capitales regionales que no desatan dinámicas independientes de pequeña escala, y al parecer su principal efecto local incide sobre la mano de obra, sobre todo femenina, que emplean (Hernández Águila, 1997), pero no sólo eso. Tlajomulco, cuyas tierras atraviesa la carretera Guadalajara-Manzanillo, se ha convertido en uno de los espacios predilectos para la instalación de maquiladoras de todo tipo, en especial de las electrónicas de última generación.

Como es sabido, la administración gubernamental 1995-2001 hizo lo imposible por promover la llegada al estado de ese tipo de empresas, tan rápidamente generadoras de empleo, tan necesarias en ese periodo de crisis que se desató a fines de 1994. A juzgar por lo que se ve, las maquiladoras no recibieron –o en todo caso no aceptaron– propuesta alguna de localización en los espacios tan arduamente construidos con ese fin, como los parques industriales de diferentes ciudades del estado. Hasta donde vemos, las maquiladoras prefirieron ubicar sus plantas en la Zona Metropolitana de Guadala-

ra, en las orillas de importantes vías de comunicación —en especial la carretera Guadalajara-Manzanillo— que les permiten no tanto entrar a la gran ciudad sino salir con facilidad de la zona metropolitana. Antes de que la desaceleración reciente de la economía estadounidense comenzara a afectar el empleo en casi todo el mundo, se calculaba que las ochenta plantas maquiladoras que había en Jalisco empleaban a unos 30 000 operarios. Sólo una de ellas, la emblemática y gigantesca Solectron, tenía una plantilla de 10 000 trabajadores en tres turnos diarios y un turno adicional de fin de semana.

Esa localización periférica no parece casual. De hecho, es la que le permite a las maquiladoras acceder a la mano de obra rural, al parecer la favorita de este tiempo en dicho tipo de industria. Todos los días innumerables camiones especiales —pagados por las empresas— se dirigen a ranchos y pueblos de la región sur de Jalisco, hasta Zapotiltic, situado a más de 100 km de distancia, en busca de trabajadores y trabajadoras para las plantas maquiladoras. Todos los días también otros camiones emprenden el camino hasta Ahualulco, a 200 km, con el mismo objetivo. Las rutas y distancias que se recorren hacen evidente la preferencia empresarial por los obreros de origen rural. Un estudio reciente (Ortega y Hernández, 2001) ha constatado cómo la pequeña comunidad de Bellavista, sede de un antiguo ingenio cañero hoy en crisis, envía, día y noche, a más de dos terceras partes de los hombres y mujeres de varias de sus colonias a las plantas alimentarias, de autopartes, electrónicas, de muebles, de servicios para la industria, que se extienden a las orillas y a lo largo de la carretera Guadalajara-Manzanillo.

De este modo, puede decirse que las maquiladoras están especializando comunidades rurales como abastecedoras del tipo de obreros que hoy requieren: gente del campo que viva y permanezca en los pueblos, que trabaje a bajo costo y sea flexible, es decir, que ante las condiciones cambiantes de la oferta de empleos acepte ser incorporada y desechada sin dificultad, a la que no se le reconocen calificación, antigüedad, ni derechos sindicales. Estas nuevas situaciones y relaciones laborales se establecen de manera directa entre las maquiladoras y el mundo rural, sin mediaciones de la gran ciudad, del gobierno, ni de las organizaciones obreras. Hoy por hoy, las horas de salida de las maquiladoras se están convirtiendo en tiempos y espacios novedosos de convivencia social, de intercambio de servicios, pero también de prácticas e ideas, entre gente de comunidades rurales distintas, anteriormente también distantes.

Con todo, la dispersión y atomización de la mano de obra en el mundo rural ha demostrado ser un gran acierto empresarial ante la crisis de la actividad maquiladora que se suscitó en el transcurso del año 2001 en la región jalisciense. Un día, sin más, las empresas liquidaron a los trabajadores y dejaron de llegar a pueblos y rancherías los camiones que los trasladaban a sus lugares de trabajo. Todos se sorprendieron, lo lamentaron, reorganizaron sus estrategias de supervivencia y de obtención de ingresos, pero no se supo, o no nos fue posible descubrir ningún movimiento más o menos organizado de protesta social frente al desempleo en que los dejaron, de un día para otro, las enormes maquiladoras que a fin de cuentas demostraron que no habían llegado para quedarse.

En general, se puede decir que si todavía sabemos poco acerca de las especializaciones que se han ido desarrollando en la zona periurbana de Guadalajara, sabemos menos aún acerca de las combinaciones laborales que ha acuñado la gente en sus comunidades, de las actividades y relaciones que se han perdido, recuperado, redefinido, recreado en el proceso de búsquedas locales de inserción, de alguna manera, en el nuevo modelo de desarrollo globalizado en que estamos. Es decir, ¿la experiencia reciente del desempleo generado por las maquiladoras habrá modificado, estará modificando las estrategias de trabajo y empleo de las familias de las distintas localidades que integran la Zona Metropolitana de Guadalajara y más allá de ella?

En síntesis

No cabe duda de que los procesos recientes de cambio económico han incidido sobre las dinámicas económicas y las relaciones espaciales de las zonas metropolitanas, de los espacios periurbanos. Guadalajara es un buen ejemplo, quizá no el único en el país, aunque hacen falta más estudios etnográficos para poder precisar tendencias, comparar procesos.

Comoquiera, el sentido, la orientación, las tendencias variadas y distintas que han seguido las diversas localidades de la Zona Metropolitana de Guadalajara reivindican, una vez más, la diversidad de opciones posible, la variedad de respuestas de los grupos sociales y las comunidades rurales que, queriéndolo o no, han pasado a formar parte de dinámicas espaciales amplias, complejas, multidireccionales.

Así las cosas, las zonas metropolitanas de hoy pueden ser vistas como espacios sometidos a impulsos variados, a tendencias múltiples

que es pertinente estudiar, documentar, analizar en cada caso. Al mismo tiempo, hay que entender que los impulsos globales han llegado a sociedades distintas y que, por lo tanto, afectan, son procesados y alteran de diferente manera las vidas locales, las dinámicas familiares, las relaciones sociales de los municipios y localidades involucradas.

Dos cosas son hoy indudables. Actualmente, la cercanía a la gran ciudad no significa necesariamente que desde allí se desprendan vinculaciones efectivas, relaciones eficaces realmente modeladoras del espacio, la vida, los desplazamientos de la gente en los municipios de una zona metropolitana. La vinculación efectiva entre la ciudad y su entorno se ha convertido en un asunto por investigar más que en una verdad unívoca y evidente. Hoy por hoy también resulta evidente que el Estado ha tenido, todavía, la capacidad de imponer la instalación de grandes empresas maquiladoras en los distintos ámbitos del espacio metropolitano, pero al mismo tiempo ha perdido la capacidad de ordenar la localización o el modo de funcionar de dichas compañías.

Ante el retiro del Estado y la pérdida de dinamismo de la gran ciudad como ejes ordenadores del territorio hemos visto aparecer dos fuerzas tan novedosas como vigorosas en la creación de espacios y espacialidad: por una parte, las trayectorias locales y, por otra, los impulsos que provienen de una globalización que asume diversas formas, sobre todo en lo que se refiere a los mercados de trabajo. Las trayectorias locales pueden ser entendidas como las fuerzas y mecanismos microsociales que de algún modo han sido modelados por los códigos culturales que están en la base de la diversidad de respuestas y acomodos que observamos entre las fuerzas de la globalización y las distintas sociedades que van quedando insertas en un espacio cada vez más común, que ellas se encargan de que no sea, hasta ahora, idéntico.

La combinación de esos dos elementos puede ayudarnos a entender la diversidad de modalidades de formas de vida, trabajo y espacialidad, luchas que hoy encontramos en torno a las ciudades, en esos espacios periurbanos que día con día se nutren de gente y actividades, que con su devenir cotidiano están construyendo formas de relación, espacios de convivencia, maneras de ganarse la vida, culturas laborales muy distintas a las que podíamos imaginar o prever cuando hacíamos estudios del campo o la ciudad. Y es que a fin de cuentas ¿qué significa ser urbano o rural hoy?

Bibliografía

- Aceves Lozano, Jorge E. (1998), "Memorias del vecindario: de una historia oral de La Candelaria, Coyoacán", *Alteridades*, año 8, núm. 15, pp. 67-81.
- Aldana, Gerardo (1994), *San Pedro Ixayoc: un caso de proletarización incompleta*, México, UIA.
- Alonso, Jorge (coord.) (1980), *Lucha urbana y acumulación de capital*, México, Ediciones de La Casa Chata.
- Arias, Patricia (1997), "Crisis metropolitana, especialización económica y nuevas relaciones espaciales en México", *Espiral*, vol. 4, núm. 10, pp. 143-166.
- (1992), *Nueva rusticidad mexicana*, México, Conaculta.
- y Fiona Wilson (1997), *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ Centre for Development Research.
- Arizpe, Lourdes (1985), *Campesinado y migración*, México, SepCultura.
- Borja, Jordi (1975), *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires, SIAP.
- Browning, Harley L. y Bryan R. Roberts (1968), "Urbanización, transformación sectorial y utilización de la mano de obra en Latinoamérica: una interpretación histórica desde la perspectiva internacional", en Jorge E. Hardoy *et al.*, *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Buenos Aires, SIAP, pp. 249-277.
- Cabrales Barajas, Luis Felipe (2000), "La zona conurbada de Guadalajara: pulso demográfico año 2000", *Notas Censales*, núm. 11, pp. 18-25.
- Castillo, María Gracia (1998), "Analco: un barrio en la historia", *Alteridades*, año 8, núm. 15, pp. 25-33.
- Camberos, Jorge (1993), "Zapopan en el proceso de urbanización de la zona conurbada de Guadalajara", *Estudios Jaliscienses*, vol. 14, pp. 19-35.
- Cornelius, Wayne A. (1980), *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*, México, FCE.
- De la O Castellanos, Ana María (1998), "El replanteamiento de las identidades políticas locales: el caso de Zapopan, Jalisco", *Alteridades*, año 8, núm. 15, pp. 113-120.
- De la Peña, Guillermo y René de la Torre (1993), "El Colli: surgimiento y contradicciones de un asentamiento irregular", *Estudios Jaliscienses*, vol. 14, pp. 36-56.
- Durán, Juan Manuel y Raquel Partida (1990), "Industria y fuerza de trabajo. El caso de El Salto, Jalisco", en Guillermo de la Peña *et al.* (coords.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ CIESAS, pp. 81-97.
- Durand, Jorge (1983), *La ciudad invade al ejido*, México, Ediciones de La Casa Chata.
- (1986), *Los obreros de Río Grande*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Estrada Iguínez, Margarita (2000), "Roles maternos y cambio sociocultural", ponencia presentada en el Congreso Nacional de Investigadores sobre Familia, Tlaxcala, Universidad de Tlaxcala, 21-22 de septiembre.
- Hardoy, Jorge *et al.* (1978), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Buenos Aires, SIAP.

- Hernández Aguilar, Elena de la Paz (1997), *La fábrica se va al campo. Las obreras de la industria dulcera en Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- INEGI (2000), *XII Censo general de población y vivienda. Estado de Jalisco*, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (1995), *Conteo de población y vivienda, 1995. Resultados definitivos. Estado de Jalisco*, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (1990), *XI Censo general de población y vivienda. Estado de Jalisco*, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (1980), *X Censo general de población y vivienda. Estado de Jalisco*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (1972), *IX Censo general de población. Estado de Jalisco*, México, Dirección General de Estadística, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Lewis, Oscar (1982), *Los hijos de Sánchez*, México, Editorial Grijalbo.
- (1962), *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México, FCE.
- Lomnitz, Larissa A. de (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- Marroni, María Da Gloria (2000), *Las campesinas y el trabajo rural en México de fin de siglo*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Pensamiento Económico).
- Moctezuma Yano, Patricia (1998), "La mujer en la conformación de talleres artesanales en Tonalá", *Estudios Jaliscienses*, núm. 32, pp. 19-34.
- Moreno Toscano, Alejandra (1979), "La 'crisis' en la ciudad", en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coords.), *México hoy*, México, Siglo XXI, pp. 152-176.
- Núñez Miranda, Beatriz (coord.) (2000), *Tonalá. Una aproximación a su estudio*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco.
- Ortega, Ana Teresa y Karla Hernández (2001), "Análisis de migración poblacional diaria de Bellavista, Jal.", trabajo de investigación del curso Geografía de la Sociedad, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Departamento de Geografía.
- Pensado Leglise, María Patricia (1998), "La tradición oral y la creación de elementos identitarios en Xochimilco", *Alteridades*, año 8, núm. 15, pp. 103-111.
- Portal, Ma. Ana y Vania Salles (1998), "La tradición oral y la construcción de una figura moderna del mundo en Tlalpan y Xochimilco", *Alteridades*, año 8, núm. 15, pp. 57-65.
- Safa Barraza, Patricia (1998), "Memoria y tradición: dos recursos para la construcción de las identidades locales", *Alteridades*, año 8, núm. 15, pp. 91-102.
- Schteingart, Martha (coord.) (1991), *Espacio y vivienda en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- Stavenhagen, Rodolfo (1976), *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI.
- Szasz Pianta, Ivonne (1993), *Migración temporal en Malinalco*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense.
- Warman, Arturo (1980), *Los campesinos. Hijos predilectos del régimen*, México, Nuestro Tiempo.